

## Recensiones y discusiones

*La lucha de clases en la antigua Grecia* (G. E. M. DE STE. CROIX, *The Class Struggle in the Ancient Greek World, from the Archaic Age to Arab Conquests*, Londres, Duckworth, 1981, XI + 732 pp.).

Es una ardua tarea la que se propone Ste. Croix al enfrentarse con este tema, dado que a la postre se trata de una historia del mundo clásico desde un determinado punto de vista, al mismo tiempo que de la defensa de una tesis para la que se emplea como argumento *toda* esa historia, en su desarrollo global y en sus aspectos concretos. En efecto, en su concepto de mundo griego antiguo, se incluye el territorio en que las clases cultas hablaban griego, es decir, Mesopotamia, Siria y Egipto, y todo ello hasta la conquista árabe (630-40 d. C.). Su deseo sería llegar hasta 1453 (p. 9). Pero, además, habida cuenta de que Grecia queda incorporada, a partir de la conquista, al mundo romano, se configura desde entonces una unidad que permite al autor utilizar para su tesis datos procedentes, por ejemplo, de las provincias africanas; y no sólo eso, sino que para entender el proceso de la intervención en el Mediterráneo oriental, se remonta en la historia romana hasta el conflicto entre patricios y plebeyos. Al pretender profundizar en él sin dejar de considerarlo como una cuestión marginal para el tema principal del mundo griego, el resultado es que *no puede* tratarlo adecuadamente. Así, queda un número excesivo de temas en que hay lo que podríamos llamar una penetración «intermedia»: de acuerdo con el planteamiento del libro, es imposible tratarlos a fondo, pero tampoco se limita a tocarlos como argumento para su tesis, por medio de alguna referencia, con lo que en algunos casos se convierte en un capítulo de «manual», como VI, iv (conquista romana del mundo griego); o, en otras ocasiones, en una polémica sobre un aspecto muy concreto, a veces metodológico, cuya referencia al tema de fondo es muy remota, como él mismo a veces reconoce. Todo ello complica la labor de abordar el comentario, que forzosamente tiene que ser largo, si se quiere tratar alguno de los aspectos históricos concretos que merecen atención, así como los puntos teóricos sobre los que se asienta el estudio, y la relación entre la práctica y la teoría.

El libro está dividido en dos partes: una primera en que se hacen los planteamientos teóricos, con gran abundancia de referencias a lo concreto, y otra que es más bien la aplicación práctica de la teoría a un continuo histórico más o menos cronológico, donde se inserta un capítulo (VII) sobre «la lucha de clases en el plano ideológico». Se añaden cuatro apéndices, planteados como discusión aclaratoria, con mayor utilización de datos y argumentos más especializados, de afirmaciones hechas en el texto. Hay gran cantidad de notas, con referencias a fuentes, bibliografía y discusiones supletorias, una amplia bibliografía, que incluye obras teóricas, de historia moderna, etc., de que el autor se sirve en sus argumentaciones, y un útil y completo índice alfabético.

Nuestra intención es seguir el orden inverso al del autor. Comentaremos primero algunos de los temas históricos concretos, para pasar luego a los fundamentos teóricos en que el tratamiento se asienta, y a hacer alguna consideración sobre la validez del método empleado, una vez vistos los resultados concretos.

El primer epígrafe de la segunda parte, sobre el controvertido tema de los tiranos y su significación histórica, da pie al planteamiento de algunos de los problemas principales tratados en el libro. El autor se enfrenta a las interpretaciones más extendidas. Por una parte, aquella que considera a los tiranos los representantes de una clase mercantil, como G. Thomson, dentro de un contexto en que se define a los *páralos* como «el partido de los comerciantes, grandes y pequeños» (*Studies in Ancient Greek Society, II. The First Philosophers*, Londres, Lawrence & Wishart, 1961<sup>2</sup>, p. 216), y que ha tenido bastante éxito entre algunos marxistas (por ejemplo, R. L. Frank, «Marxismo e Historia Antigua», en *El marxismo y los estudios clásicos*, Madrid, Akal, 1981, p. 45). Para S. C., sólo como excepción se puede hablar de clases comerciantes y sectores mercantiles dominantes en la antigüedad (pp. 41, 128 ss.), y en circunstancias muy especiales. Por otra parte, la absolutamente opuesta a ésta, que sólo ve actitudes individuales o, como en el caso de R. Sealey, *A History of the Greek City States, ca. 700-338 B.C.*, Berkeley, Univ. of California Press, 1976, explica todo el proceso con una alternativa a los problemas sociales consistente en buscar la motivación en la localidad, la familia y la personalidad (cf. P. Cartledge, en *JHS*, 1978, p. 192). El autor en cambio enfoca el tema dentro de la lucha de clases, pero en el cuadro de la sociedad campesina, matizada por la existencia de un trabajo esclavo poco desarrollado (p. 278; cf. p. 209), en la que, frente a la aristocracia hereditaria, se forma una sociedad basada en la propiedad de la tierra, con el protagonismo de los tiranos hasta el momento en que los campesinos (hoplitas) fueran capaces de ejercer directamente el poder. Desde luego, ésta parece ser la transformación social más importante que se ha producido en relación con el movimiento de los tiranos. Sin embargo, no hay necesidad de cerrarse a otros factores que aumenten la capacidad de comprender la totalidad del proceso y que expliquen los datos transmitidos. Ni es la revolución de un proletariado que no existe, ni es una revolución burguesa o mercantil, ni es la lucha de individuos aislados o apoyados exclusivamente por los miembros de su familia o localidad, frente a otros individuos en las mismas condiciones (Sealey, p. 58). Pero de todos estos aspectos se pueden extraer factores matizados, sin quitar el papel dominante a la transformación social protagonizada por el campesinado. Ahora bien, si, para la obtención del poder, los hoplitas necesitan apoyarse en un jefe que adopte un poder personal, tal jefe sólo resulta comprensible dentro de las luchas que, en época aristocrática, sostienen las principales familias de la *polis* para la obtención del monopolio del poder, con el apoyo de sus relaciones dentro de la *hetairía*. Y por las circunstancias en que se mueve la *polis*, en este

momento sólo triunfa aquel que hace del *demos* su *hetairía* (Hdt., V, 66, 2) y con este fin pone los medios necesarios para su liberación. Por otra parte, para que se dé la conveniencia de esta liberación, es preciso que existan modos de riqueza alternativos, para los que la liberación de *demos* sea un factor positivo, y no de pérdida de las influencias y modos de control; es decir, es preciso el desarrollo de los modos de riqueza que caracterizan a las ciudades griegas en la época de la colonización y que justifican, por ejemplo, las medidas de Solón. Sólo es positiva la liberación del *demos* para la aristocracia gentilicia cuando ésta participa de negocios ultramarinos a los que favorece la existencia de un *demos* libre, y es posible además la sustitución por medio de la ampliación del mercado de esclavos. Y por supuesto, no un proletariado, pero sí una masa de hombres libres del *demos* aptos para ciertas actividades, es también un factor importante para entender el cambio. *Demos* es todavía todo lo que se opone a la aristocracia gentilicia hereditaria (p. 280); sólo más tarde quedaría definido como la clase subhoplita (p. 281).

Y con esto nos colocamos en el tema de la democracia griega en general, y ateniense en particular (pp. 284 ss.), en el que hay algunos aspectos fundamentales que conviene glosar. El autor se esfuerza en descargar a la democracia ateniense de la posible acusación derivada de la institución del sorteo, con el argumento de que sólo se empleaba para magistraturas menores, apoyado en el texto de Anaxímenes citado (p. 285). No sólo tiene razón, sino que ahí reside una característica fundamental de la democracia ateniense en su época de apogeo. Con ello se permitía a los miembros de las clases poderosas seguir ejerciendo un cierto control, al tiempo que se satisfacían las necesidades del *demos*: esta *concordia* era posible en la situación concreta de Atenas. El control se realizaba por medios más elaborados, aprobados por el mismo *demos*; de ahí la importancia de la retórica en este período. La lucha de clases entre ciudadanos se alivia gracias a la esclavitud y a la concordia representada en el plano político por la dicotomía entre sorteo y elección apoyada en la retórica. Además del imperio, que por lo menos permite a los ricos seguir siendo ricos sin necesidad de explotar al ciudadano (p. 290) y amplía el círculo social de la clase dirigente con personajes como Cleón; pero que también permite el pago por funciones políticas al *demos*. Seguramente, también sin imperio era posible el pago por tales funciones (Cf. n. 27 en p. 604 contra M. I. Finley, «The Fifth-Century Athenian Empire: A Balance Sheet», en *Imperialism in the Ancient World*, ed. por P. D. A. Garnsey y C. R. Whittaker, Cambridge, U. P. 1978, pp. 103-126, y los datos en *CQ*, XXV, 1975, 48-52). Pero, sin entrar en la polémica sobre el «carácter del imperio ateniense», iniciado por el artículo del autor en *Historia*, 3, 1954-1955, 1-41, cuando en Atenas se realiza de este modo, inmediatamente comenzarán a manifestarse los problemas que se derivan de ello, junto con los procedentes del suministro, que también estaba asentado en el imperio (pp. 292-293). La necesidad de reconstruir el dominio ateniense provoca gastos que sólo pueden repercutir, a falta del imperio, en los ricos por medio de la *eisphorá*, con lo que se acaba la concordia que era posible en la democracia del siglo v. Curiosamente, Aristóteles habla de democracia «extrema» (p. 76) cuando no la hay, sólo debido a la presión sobre los ricos y al pago del *ekklesiastikón*, como símbolos del conflicto creado dentro de la ciudadanía. Pero en realidad cada vez era menor la capacidad legislativa del *demos* (cf. los artículos de M. H. Hansen, en *GRBS*, 19, 1978, pp. 127-146 y 315-330; 20, 1979, pp. 27-53).

En el proceso de deterioro de la democracia, ocurrido durante la guerra del Peloponeso, el *demos* necesita algún miembro de la clase gobernante como posible dirigente de sus aspiraciones, como en otros casos el *demos* necesita la intervención

exterior (p. 288); esta circunstancia se ve favorecida por la característica antes descrita que posibilita el liderazgo de los aristócratas en el apogeo de la democracia. Cuando los peligros son mayores para el *demos*, también son más radicales sus aspiraciones, e incluso más contradictorias. Por lo que se dan demagogos tan contrapuestos como Cleón y Alcibiades. Por ello, los conflictos políticos del siglo V no surgen directamente de la lucha de clases (p. 290), pero sólo se entiende dentro de la lucha de clases, porque, como el autor dice en otra ocasión, poco importan los motivos personales de cada dirigente; lo que importa es el trasfondo social que pueda explicar el proceso, y éste se halla en los peligros para el *demos* de perder su libertad en una guerra que le hace perder el imperio que la sostiene. Lo mismo sucede con la concentración de la clase dominante en problemas concretos de política exterior durante el siglo IV (p. 292). Tal orientación es producto de los conflictos de clase que se concretan en la *eisphorá* y que hacen imposible una solución que satisfaga a todos los sectores de la población. La guerra es un camino sin salida; sólo será posible garantizar el suministro de esclavos, acallar la discordia y dominar al *demos*, por medio de campañas externas, viables únicamente a partir de la unión panhelénica establecida por un fuerte poder exterior. Sin imperio, la reproducción del crecimiento económico ateniense sólo era posible si revertía en la estructura del sistema y ponía en peligro sus propios fundamentos. Si no era posible el negocio a largo alcance, la alternativa era el intervencionismo estatal a favor de los ricos, para lo que era preciso el control del estado por éstos. De ahí que, en efecto, las causas de la decadencia de la *polis* democrática haya que buscarlas en la naturaleza del sistema económico y social griego (p. 295) más que en la crisis de la exportación, según la teoría de Rostovtzeff, aunque ésta también se explique encuadrada en el sistema social.

Es interesante que, para el análisis del proceso de desarrollo de los siglos V y IV, tenga que ser forzosamente Atenas la ciudad que sea objeto de estudio casi exclusivo, a pesar de que el autor insiste en su carácter atípico (p. 289). Desde el primer momento (p. 11), al definir los rasgos de la ciudad antigua y sus relaciones con el territorio, se ha visto obligado a poner de manifiesto la peculiaridad de la Atenas clásica como ciudad que vive del suministro externo de cereales y que, por tanto, rompe con la ley general de la autarquía. Los rasgos de tal peculiaridad se definen de modo más completo en *The Origins of the Peloponnesian War*, Londres, Duckworth, 1972, pp. 45 ss. Atenas es lo más avanzado del mundo hasta su época. Por ello, en cierto modo, la peculiaridad de la Atenas clásica es la peculiaridad del mundo clásico. No se trata sólo de que haya más datos, aunque esto tampoco sea casual. Es que tiene una especial significación para el mundo antiguo el que se diera la posibilidad de que, dentro de un cierto «primitivismo» y una autarquía generalizada, existiera una *polis* que, con características similares a las demás, haya desarrollado ciertos rasgos diferenciadores que sirven para la definición de los aspectos más sobresalientes del *clasicismo*, tanto en terreno cultural, como en el social y económico; el que se hayan dado algunos rasgos que parecen saltarse las relaciones esclavistas de producción, pero que surgen precisamente por una determinada forma de desarrollo de tales relaciones y que, en su proceso evolutivo, ponen en peligro los rasgos de la ciudad antigua, y precisamente por ello también se ve frenado el proceso; la ciudad antigua no puede asimilar las formas de desarrollo que ella misma, en el caso de Atenas, ha engendrado. Este conflicto es definitivo para la comprensión de la peculiaridad ateniense, y se entiende dentro de los rasgos generales del mundo antiguo, pero sin el caso peculiar de Atenas tampoco se comprenden las virtualidades y limitaciones generales de la sociedad antigua. Por ello, no puede hacerse una definición del mundo

antiguo y excluir como peculiar a la Atenas clásica, sino definir el mundo antiguo contando con la *posibilidad* ateniense: un tipo de sociedad en que *cabe* la posibilidad ateniense, aunque sea de modo conflictivo y poniendo en peligro las características básicas de la edad antigua, que a su vez engendran esa posibilidad.

El autor parece dar poca importancia al problema de los metecos (p. 289), que, en cambio, parece significativo como problema específico dentro de la peculiaridad ateniense. Los metecos manifestaron una posición de defensa de la democracia (cf. C. González Román, «Los metecos atenienses: un punto de vista sobre las clases sociales en la antigua Grecia», en *Clases y luchas de clases en la Grecia Antigua*, Madrid, Akal, 1977, pp. 146-148; 158-159), dado que es el sistema que mejor permite la actividad más generalmente propia de los metecos; que tiene la peculiaridad de existir *dentro* de la ciudad-estado, pero crea condiciones que *rompen* con la ciudad-estado. De ahí también el papel contradictorio de los metecos: apoyo al sistema democrático que en teoría limita sus derechos, pero también es el sistema que facilita sus actividades. Y crea condiciones para romper los límites estrechos de la ciudadanía propios de la ciudad antigua. La *polis* democrática impulsa un proceso de ruptura de estos límites, pero al romperse estos límites se hace a costa de la democracia, ya que esta democracia estaba basada en el trabajo no libre y vivía en una Grecia basada en el trabajo no libre. La misma existencia del trabajo no libre en que se apoya la democracia sirve de instrumento para la ruptura de la democracia. De ahí que el problema de la destrucción de la democracia no pueda plantearse *sólo* como una obra de las clases propietarias griegas, con la colaboración de macedonios y romanos. Desde luego, la historia la hacen los hombres; pero la hacen dentro de unas condiciones materiales. La democracia ateniense, y griega, fue posible porque se asentaba sobre desigualdades sociales, sobre una forma de explotación que, aunque fuera lo más avanzado del mundo antiguo, se encontraba *dentro* del mundo antiguo y en sus condiciones materiales. Las clases dominantes pretendieron, y consiguieron, destruir la democracia y conservar su dominio, pero en unas condiciones en que la democracia no podía, *materialmente*, sobrevivir. Al mismo tiempo, la forma de conservar el sistema consistió en destruir también la *polis* y asimilarse a otro sistema que traía consigo nuevas condiciones en la defensa de sus intereses. Sobre la destrucción de la democracia véase la exposición certera y sintetizada de las páginas 305-306.

En este contexto, tiene especial interés la relación que se establece entre los reyes helenísticos y las ciudades griegas. Desde luego, esta relación depende de los intereses del rey (p. 302), de ahí que puedan variar las posturas y apoyar a demócratas u oligarcas según los casos. Ahora bien, lo interesante es que desde el punto de vista de las ciudades griegas no siempre era claro qué significaba la presencia del rey. Y éste puede presentarse en muchos casos como liberador de los desamparados. De ahí que haya que matizar su papel como *destructor* de la democracia; no porque haya fomentado la democracia o apoyado a los demócratas, lo que es más o menos irrelevante, sino porque ellos pueden incidir en un proceso, pero este proceso de destrucción de la democracia estaba ya iniciado en las ciudades griegas. Hasta el punto de que para el *demos*, que no *controla* la *polis* democrática a partir de la situación crítica del siglo IV, no hay más expectativa que la presencia del rey salvador. Todo ello dentro de que la realidad *objetiva* fue que los reyes ayudaron a conservar el dominio de las clases ricas. Lo que hay que poner de manifiesto es que fue de manera conflictiva y por ello los ricos a veces rechazaban a los reyes, salvadores y protectores de los pobres. Para aquéllos, a veces, significaba el corte de sus abusos, pero tal corte lo que trataba de evitar era la reacción violenta.

El capítulo sobre patricios y plebeyos, seguramente introducido sin necesidad (cf. *supra*), no llega a dejar la cuestión suficientemente clara, tal vez por razones de espacio. Aparte de que se hable de familias plebeyas que llegan a ser patricias, en lo que sigue al pie de la letra a Dionisio de Halicarnaso, naturalmente no puede tener en cuenta todos los factores. Es un problema complejo (p. 336) para el que hay que pensar también en la disolución de la sociedad gentilicia, que desemboca en una *nobilitas* en que ya la aristocracia gentilicia —patricios— se ha disuelto, pero teniendo en cuenta que a su vez los patricios se hacen cuando se define el *paterfamilias*, es decir, cuando se ha hecho coincidir la propiedad con los privilegios propios del *populus* monopolizados por las *gentes* aristocráticas. Los patricios han monopolizado la *gens* y la propiedad, por lo que la lucha plebeya tiene un doble aspecto: ruptura del privilegio de la *gens* en lo político, y ruptura del derecho a la propiedad de la *gens* en los *patres*; y, al mismo tiempo, «protesta social» por los abusos de la propiedad sobre los *proletarii*. La lucha se complica cuando, al querer afirmar su situación como propietarios, los patricios se ven obligados a ceder derechos políticos a aquellos que no son de la *gens* pero sí son propietarios; pero como éstos han luchado en frente común con los *capite censi*, el resultado es también el reconocimiento de los organismos colectivos de la plebe. El resultado es el esquema: *nobilitas*/plebe libre.

La carencia de democracia en Roma se explica como «error de las clases populares», que tendió a apoyarse en los líderes, y da como posible explicación la existencia de relaciones de patronato y clientela (pp. 340-341), institución, en efecto, antigua, en que se encuadraban fácilmente las aspiraciones de la plebe, con más satisfacción inmediata que en la reforma democrática posible, que no hay tampoco que plantear como el *objetivo* de la lucha de la *polis* griega, sino como una posible salida ofrecida con perspectivas reales sobre todo a la Atenas arcaica. Con respecto a Roma tal vez haya que tener en cuenta que el proceso de formación de la plebe urbana tiene lugar en un período de guerras que condiciona sus aspiraciones y encauza su problemática. Aunque las luchas de los *populares* eran personales, recibían el apoyo real de la plebe y objetivamente representaban sus intereses (p. 352). El problema es que con ello no se consiguió la democratización, sino la llegada del *jefe: imperator*. Vuelve a ser importante aquí el papel de la conquista. Junto a las medidas democratizadoras estaba la alternativa del jefe militar tipo Sila que prometía tierras. El jefe militar adopta la función de síntesis de los líderes populares y del antiguo *patrono*. La plebe se convierte en cliente colectivo de los *imperatores*. El jefe *popular* recibe un determinado tipo de adhesión y culto por parte de la plebe que es capitalizado por los jefes militares. Augusto será el prototipo: la plebe había transferido a él las expectativas colocadas en César, «equivocadamente» (p. 354); tal vez, sin embargo, la plebe romana, no productora, tampoco tenía condiciones para reclamar un ejercicio más o menos directo del poder, ni para presionar en favor de un candidato más «cesariano», «equivocado» por un programa que ofrecía a Roma e Italia el dominio de la *oikoumene*. Esta era la opción que ofrecía una solución *momentánea* a sus problemas.

En p. 390, la política de Augusto, por la que éste admite cualquier tipo de colaboración —nuevos ricos...—, se interpreta como un *medio* para conservar la misma situación con los mínimos cambios. El enfoque contrario también podría ser válido: es el cambio social el que impone la colaboración de sectores «nuevos» que son los partidarios de que se realice —políticamente— un cambio determinado: como el que realizó Augusto, y no como el que podría plantearse tal vez en el «programa» de César. De ahí su eficacia: ampliación de la clase dominante en la política, como se

había ampliado la clase dominante en lo económico. Y el proceso se realiza con la «colaboración» de la *plebe urbana*, que culmina así el proceso de su apoyo a individuos iniciado en la crisis de la República. No fue tanto la disgregación de la clase dominante romana (p. 359) lo que hizo posible la lucha política de fines de la República, como su ampliación y remodelación, que sirvió de base al nuevo sistema político. Desde luego tal «revolución» es una transformación dentro de la clase propietaria, pero se realiza con la presencia activa de los pobres (p. 371), lo que hace posible la aplicación del término revolución siempre que se matice y se considere que el cambio político fue de algún modo reflejo de un cambio estructural, aunque sea al nivel de la clase dominante, dado que en ésta se hizo para adecuar sus relaciones con la clase dominada: para evitar la imposible revolución social, por parte de la antigua clase dominante restringida era precisa la aceptación de la revolución de Augusto, tanto en el terreno político —Principado—, como en el social, en el sentido de la nueva configuración de la clase dominante. Por ello, aunque es cierto que no hay contradicción fundamental entre senado e imperio como instituciones (pp. 380 ss.), sí hay que admitir que en la misma formación del Imperio hay condiciones para crear contradicciones, dado que la clase dominante que lo apoya es el producto de una reestructuración conflictiva (cf. K. Hopkins, «Élite Mobility in the Roman Empire», en M. I. Finley (ed.), *Studies in Ancient Society*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1974, pp. 103-120).

Para S. C. (p. 226), en los tres primeros siglos de la era se da un cambio gradual en las formas de explotación. Aquí se mezclan varios problemas. Se acepta (p. 228) que en el mundo helenístico ha habido otras formas de explotación, más amplias que en la Grecia clásica. Por otra parte (p. 229), parece que desde el siglo II a. C. crece el número de familias campesinas en casa, con lo que se aproximaría a la explotación por medio de familias campesinas (p. 231). El proceso tendría lugar más fácilmente fuera de Italia, dado que estaba menos extendido que en la península el sistema de explotación del trabajo del esclavo-mercancía de origen bárbaro (p. 233). La primera cuestión es si esto se debió a la reducción del suministro de esclavos durante el principado (p. 228) o si, por el contrario, la importancia del papel desempeñado por la economía extraitálica, creciente en el desarrollo del principado, fue lo que frenó también el proceso de conquista y por tanto el suministro de esclavos bárbaros, lo que repercutiría en la economía itálica. Si no hay búsqueda de esclavos puede que se trate de que ya es mejor otro tipo de explotación: reproducción propia o cambio del sistema de explotación (cf. M. Mazza, *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel III secolo d. C.*, Roma, Laterza, 1973, pp. 157 ss.). Se ha buscado el suministro de esclavos mientras su trabajo ha sido plenamente rentable. El proceso se produciría por la confluencia de factores procedentes tanto del desarrollo del mismo sistema esclavista, como de otras formas de explotación del trabajo existentes en el mundo antiguo. Por una parte, el mundo helenístico ofrecía formas más amplias de explotación, y por otra, en África por ejemplo, se conservan formas anteriores, e incluso parece que nunca se extendió la esclavitud como tal (cf. J. Kolendo, «La formación del colonato en África», en *Formas de explotación del trabajo y relaciones sociales en la antigüedad clásica*, Madrid, Akal, 1979, pp. 147-178). Así se explica que la transformación sea más violenta allí donde hay un pleno desarrollo del sistema esclavista, dado que el resultado de la crisis en cierto modo es un acercamiento a las formas de explotación no esclavistas existentes dentro del Imperio romano. Ya nadie cree en una continuidad mecánica, y repetida en cada proceso, de los modos de producción.

En cualquier caso esto significó una intensificación de las formas de explotación

del trabajo libre en el conjunto del Imperio (p. 251) coincidiendo con lo que habitualmente se denomina Bajo Imperio o Dominado, que con ello adquiere un valor histórico más sustancial de lo que el autor le atribuye. No se trata sólo de una transformación más o menos formal de los aspectos políticos, sino del reflejo de una transformación en los modos de explotación del trabajo. En el Bajo Imperio la población trabajadora agrícola parece mayoritariamente no esclava (p. 255), aunque haya que matizar según los momentos y lugares (cf. A. H. M. Jones, «Census Records of the Later Roman Empire» en *The Roman Economy*, Oxford, Blackwell, 1974, pp. 242-244). La terminología, por supuesto, se complica (p. 252, cf. A. Barbero, M. Vigil, *La formación del feudalismo en la península ibérica*, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 158 ss.), pues las instituciones esclavistas continúan perviviendo en la ideología. Pero, en el fondo, las relaciones de dependencia son diferentes a las predominantes en el Alto Imperio y en la República. Y desde luego a las de la Grecia clásica. Aquí, además, la situación se hace más compleja debido a las peculiaridades del mundo helenístico. En general, predominan formas que no encajan en las de la esclavitud propiamente dicha (cf. H. Kreissig, «La esclavitud en la época helenística», en *Formas...*, cit., pp. 115-125; y «Propriété foncier et formes de dépendence dans l'hellénisme oriental», en *Terre et paysans dépendents dans les sociétés antiques*, París, CNRS, 1979, pp. 197-221). Aquí se plantea un problema que en cierto modo es terminológico: definir las formas que aparecen como dominantes en el mundo helenístico (pp. 150 ss.). No deja de ser significativo que, en Atenas, desde 322, vuelvan a introducirse formas de dependencia por deudas (p. 163). La situación es, sin duda, compleja. Los datos referentes a las formas de explotación no responden a los esquemas clásicos de la esclavitud, sin que quiera esto decir que la misma no existiera. La complejidad del tema se refleja en pp. 150 ss. Desde luego se trata de personas explotadas que no disfrutaban de derechos. El autor se manifiesta en contra de la utilización del concepto de «modo de producción asiático» (Kreissig), concepto que incluso le parece que en sí está bien olvidado (p. 29). S. C. propone en cambio el concepto de «modo de producción preclásico». Ahora bien, si M. P. A. contiene los problemas propios de la localización geográfica que el nombre implica, el propuesto por S. C. parece definir cronológicamente la «sucesión de modos de producción». Si él pone el ejemplo de la servidumbre del Bajo Imperio como absurdo resultante de la aplicación de un término geográfico, parece no menos absurdo aplicar precisamente el adjetivo «preclásico» al final del clasicismo. Con ello además parece prejuzgarse en el sentido de aceptar el esquema cronológico que establecía un orden definido en los diferentes modos de producción. Quizá tales formas de explotación puedan ser anteriores y posteriores a la época clásica, y también contemporáneas a ella. Las formas de dependencia en que se disuelve la comunidad primitiva son muy amplias (cf. E. J. Hobsbawn, «Introducción» en C. Marx, *Formaciones económicas precapitalistas*, Madrid, Ciencia Nueva, 1967, pp. 100 ss.). También de algún modo se disolvió en ellas la crisis del sistema esclavista en su transición hacia el feudalismo. Y aquí volvemos a tropezar con otro problema de orden terminológico. Desde luego no se puede aplicar el término *feudalismo* a todo sistema con servidumbre. Esto se ha hecho con demasiada frecuencia, incluso para el Egipto faraónico o la Grecia micénica (cf. Hobsbawn, *l. c.*, cf. D. Musti, «El reino helenístico» en R. Bianchi Bandinelli (dir.), *Historia y civilización de los griegos*, VII, Barcelona, Icaria, 1980, pp. 241-242). Estas son formas que pueden dar lugar al sistema conocido como feudal, pero de hecho sólo llegan a tal a partir de la disolución de la sociedad esclavista clásica. Al tratar de restringir el uso del término, el autor se aproxima peligrosamente a posturas

institucionalistas (p. 268). Parece que se acercan a una realidad conceptual más histórica las posturas de P. Anderson, *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 147 ss.; A. Barbero, M. Vigil, *op. cit.*, pp. 11 ss.; o de C. Parain, en *El feudalismo*, Madrid, Ayuso, 1973, pp. 26 ss., en que la delimitación se hace sobre bases estructurales. Es una formación social que cuenta con las formas serviles de explotación, pero también con la disolución de la sociedad esclavista clásica. De ahí que la continuación esclavismo, feudalismo, capitalismo, sea una sucesión que ha ocurrido *de hecho* en Europa (cf. G. Sofri, *El modo de producción asiático*, Barcelona, Península, 1971, p. 79), más que un planteamiento esquemático al que ha de buscarse adecuación para todas las sociedades. El feudalismo se produciría como superación (cf. Vigil-Barbero, *op. cit.*, p. 157) de sistemas entre los que algunos han pasado por una etapa esclavista, que se hace imprescindible para comprender el feudalismo europeo.

Con ello llegamos al punto en que es preciso matizar el concepto de sociedad esclavista. El autor insiste en varias ocasiones (pp. 4, 39, 52, 112, 117, 133, etc.) en que lo que caracteriza la lucha de clases de la Grecia antigua es la extracción de excedentes a partir de diversas formas del trabajo no libre (*unfree labour*) entre las que predominaba y a las que daba su conformación la esclavitud, incluso desde el punto de vista del vocabulario grecorromano (p. 39). La esclavitud es, pues, una forma específica de explotación del trabajo no libre dentro de la sociedad antigua. Ni siquiera en la antigüedad clásica la esclavitud era mayoritaria. Pero fue la forma de dependencia, el modo de explotación del trabajo no libre, que mejor se desarrolló e institucionalizó dentro del sistema económico de la ciudad antigua, y creó por ello unas superestructuras institucionales más capaces de proyectarse, adaptándose, hacia el futuro. Y fue el sistema que coincidió con los momentos más característicos del desarrollo de la ciudad antigua, como la *polis* griega en general y, de modo especial, la *polis* democrática en particular, la República romana y el Alto Imperio. Bien entendido que en cada uno de estos periodos manifestaba sus contradicciones. En el Alto Imperio, porque ya en él de algún modo se desarrolla el proceso por el que había de acabar la sociedad antigua esclavista; en la República, porque ya servía de fundamento para el final de la ciudad antigua; y en la *polis* democrática, porque el sistema crea contradicciones que son el producto del propio desarrollo de la *polis* —hacia la *polis* democrática— y al mismo tiempo pone en evidencia la imposibilidad del desarrollo de la democracia *dentro* de la sociedad antigua. Por todo ello es evidente que hay que comprender que, en todo momento de la sociedad antigua, la esclavitud como sistema de apropiación personal está en tensión con otras formas de dependencia, y de extracción del beneficio del trabajo no libre, que no son exclusivamente el de la esclavitud como tal. Lo que es fundamental es el trabajo no libre y la esclavitud como forma específica en unos momentos y circunstancias que por lo demás —y tal vez de manera muy significativa— son los que se han hecho paradigmáticos de nuestra visión de la antigüedad: Atenas, Roma republicana, Alto Imperio. La peculiaridad del mundo antiguo es que el esclavismo fuera dominante, pero no cuantitativa, sino cualitativamente, y por ello su crisis llevó a la crisis del mundo antiguo y a la formación de un nuevo sistema como el feudalismo. Por ello es el que caracteriza a la sociedad antigua como etapa en la historia de Europa occidental y se da el caso de que coincide con las etapas que también en otros aspectos han dejado mayor huella en la civilización.

De ahí que se pueda considerar la sociedad clásica como sociedad esclavista, y ésta como una etapa *de hecho* de la historia europea occidental, sin necesidad de buscar

esclavos por todas partes, ni de aplicar el esquema de sucesión ni siquiera a todas las regiones del mundo antiguo.

Al tratar el tema de la lucha de clases (cf. sobre todo pp. 57 ss.), juzga de modo que por lo menos parece no tener en cuenta aspectos positivos en C. Parain («Los caracteres específicos de la lucha de clases en la Antigüedad clásica», en *El modo de producción esclavista*, Madrid, Akal, 1978, pp. 257-287) o en P. Vidal-Naquet («¿Eran los esclavos una clase?», en *Ordenes, estamentos y clases*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 26-35), dado que tienen más en cuenta la existencia de la esclavitud de lo que S. C. da a entender, y sobre todo a E. A. Thompson (cf. *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979, pp. 34 ss.), ya que aquí más que un planteamiento *emic*, como da a entender S. C., y que es rechazado expresamente en p. 35, lo que hay es un intento por comprender *históricamente* el concepto de clase, indisolublemente unido al de lucha de clases. Son matizaciones sobre el mismo problema: afinar el concepto para aclarar su validez en la historia (pp. 41 ss.). El intento de aplicar categorías modernizantes (asalariado/capitalista, burguesía/aristocracia) al mundo antiguo, ha producido reacciones externas. Dado que este tipo de luchas de clases no existe, es que no hay lucha de clases. El problema estriba en alejarnos de tales concepciones, pero, desde la perspectiva del hombre moderno que, gracias a la transparencia de la lucha de clases en el mundo por nosotros habitado, ha descubierto el concepto, ser capaces de aplicarlo a una sociedad que no es la nuestra ni es la que se ha manifestado de modo transparente; y no lo ha hecho porque la lucha de clases revestía caracteres diferentes que hacían que quedara oculta tras otras manifestaciones. Y esa es parte de su peculiaridad: cómo es la lucha de clases para que no aparezca como nos aparece a nosotros la nuestra. Precisamente por ello, como quedaba oculta a sus protagonistas, éstos no tenían la *conciencia* de clase que posee el proletariado de la sociedad capitalista. El planteamiento histórico correcto sería el que tuviera en cuenta, para averiguar las peculiaridades de la lucha de clases en la antigüedad, que entre esas peculiaridades estaba precisamente la de no manifestarse a sus contemporáneos. Pensar en burguesías, etc., es antihistórico, pero también lo es negar la lucha de clases porque no se manifiesta a la conciencia. El no manifestarse a la conciencia es parte de la *realidad* antigua y sólo se comprende si se comprende que *no era posible* que se manifestara, dadas sus características como tal lucha de clases. La solución de que lo que había era *status* es tomar como real aquello que en cambio *sí* era capaz de manifestarse a la conciencia de los antiguos.

Que existen luchas al margen de la esclavitud es evidente en el mundo antiguo. El propio S. C. nos da una serie de ejemplos que trata como luchas de clases sin la participación de esclavos. La lucha política y la conflictividad social están íntimamente relacionadas. Es cierto que en ocasiones es más difícil de ver. Por ello no se entiende que renuncie a comprender el trasfondo social que puede haber en ciertas luchas políticas o religiosas, como las herejías (pp. 445 ss.) o las luchas por el trono en el Imperio (p. 475). No *son* luchas de clases, pero sólo se entienden *dentro* de la lucha de clases. Los apoyos de tropas que esperan ver satisfechas sus necesidades con un nuevo emperador, son reflejo de la lucha de clases que carga también sobre los soldados de inferior categoría todo el proceso económico que está desarrollando el imperio en la transformación de su estructura social. En otros casos parece notarse un lenguaje voluntarista: la caída del Imperio la *hicieron* las clases dominantes (p. 503). Todo lo que sucede en la historia lo hace alguien, pero el condicionante material consiste en la capacidad de influir en lo que se quiere y en la capacidad de hacerlo. Sólo que esa capacidad de hacerlo también se ve coartada y el resultado no es tanto lo que quiere el